

UAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

4
1

VILLA ESPESA



EL
IRADOR
DE
INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

P06641
.16
M5

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX

INDARAX



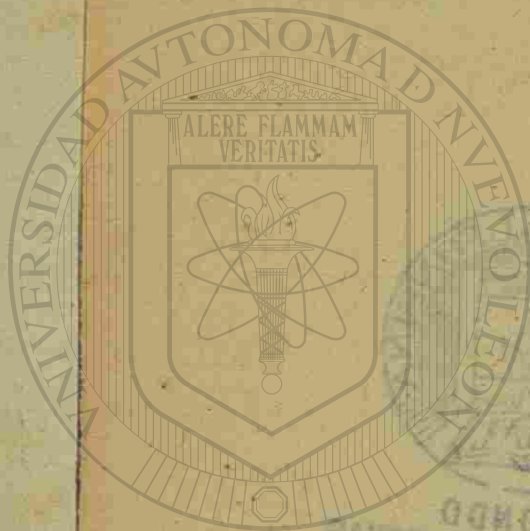
1020028073



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





RICARDO COARRUBIAS
F. 0880

UANL

EL MIRADOR DE LINDARAXA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32508



OBRAS DE FRANCISCO VILLAESPESA

POESÍA

<i>Intimidades</i> (2. ^a edición).....	2 pesetas.
<i>Flores de almendros</i> (2. ^a ídem).....	3 »
<i>Luchas</i> (3. ^a ídem).....	2 »
<i>Confidencias</i>	3 »
<i>La copa del Rey de Thule</i> (3. ^a edición).....	2 »
<i>El alto de los bohemios</i> (2. ^a edición).....	2 »
<i>Rapsodias</i> (2. ^a ídem).....	2 »
<i>Las canciones del camino</i>	2 »
<i>Tristitia Rerum</i>	3 »
<i>Carmen</i>	2 »
<i>El patio de los arrayanes</i>	3 »
<i>Viaje sentimental</i>	3 »
<i>El mirador de Lindaraza</i>	3 »

PROSA

<i>Zarza Florida</i> (novela griega).....	2,50 »
---	--------

EN PREENSA

<i>El libro de Job</i> (poesías).....	3 »
<i>El jardín de las Quineras</i> (poesías).....	3 »
<i>La muerte de Venus</i> (novela).....	3 »
<i>Ensueño de una noche de invierno</i> (poema lírico, música de Ramón Montilla).....	2 »
<i>El libro de los elogios</i> (prosas).....	3 »

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

- Las memorias* (poesías).
Las horas que pasan (poesías).
La trilogía de la vida:
I. El libro del Amor (poesías).
II. El libro del Dolor (ídem).
III. El libro de la Muerte (ídem).
Visiones de España:
I. Granada (poesías).
II. Toledo (ídem).
III. Sevilla (ídem).

Astarté (novela).
La hermana (idem).
Vida y Arte (ensayos críticos).
Los poetas suicidas (estudios).
Jardín trágico (poesías).
La Sulamita (novela).
La Patria de Camões (notas de viajes).
Poesías escogidas (traducciones de Eugenio de Castro).

TEATRO

La Gioconda (traducción de Gabriel D'Annunzio).

EN PREPARACIÓN

La trilogía del Islam:

- I. *El Alcázar de las Perlas* (tragedia en cinco actos y en verso).
- II. *El suspiro del mero* (idem).
- III. *Aben-Humeya* (idem).

César Borgia (idem).

El triunfo (drama en tres actos y en prosa).

Grepiscuto (idem).

Sacrificada (idem).

La hija del Jorio (traducción de Gabriel D'Annunzio).

Hernani (traducción de Victor Hugo).

Romeo y Julieta (traducción de Shakespeare).

Amar después de la muerte (refundición de Calderón de la Barca).

El Cain de Cataluña (refundición de Rojas Zorrilla).

Dolor supremo (traducción de Marcellino Mezquita).

FRANCISCO VILLAESPEY

EL MIRADOR

DE

LINDARAXA

POESIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

101013

MADRID : : : : MCMVII
IMPRESA DE PRIMITIVO
FERNÁNDEZ : : CALLE DE
VALVERDE, NÚMERO 28



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R."
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



AL ILUSTRE GENERAL VENEZOLANO
EXGELENTÍSIMO SR. D. J. A. VELUTINI

Para su doble corona de laurel y de
encina, de poeta y de guerrero, arran-
qué este ramo de mirtos del más bello
y legendario jardín de la Alhambra.

F. Villaespesa.

Madrid, 30 de octubre de 1908.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

EL MIRADOR DE LINDARAXA

Á RAMIRO HERNÁNDEZ PORTELA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



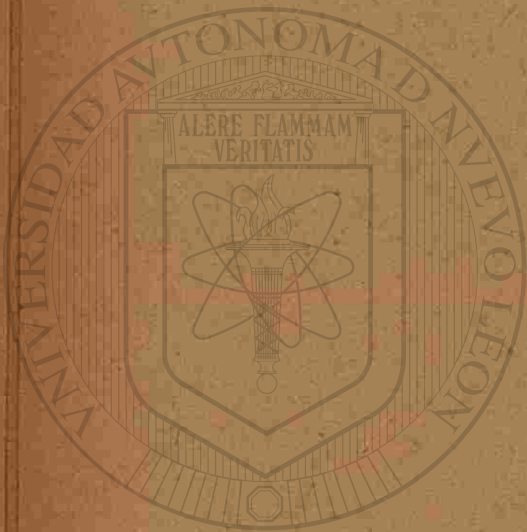
UANL

EL MIRADOR DE LINDARAXA

Á RAMIRO HERNÁNDEZ PORTELA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

En el alcázar de mi Ensueño
se abre un arábigo ajimez,
sobre los nardos de un pequeño
y melancólico vergel.

Para la mirra de tu sueño
hay pebeteros de Israel,
y un blanco tálamo sedero
para tu enferma languidez.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Deshoja el aire, en los jardines,
nieve y fragancias de jazmines...
Perlas desgrana el surtidor;

y lueven lirios de la Luna,
mientras la noche es como una
tienda nupcial de nuestro amor.

II

La tibia brisa es una orquesta
de una fragancia tan sutil,
cual si rimase la floresta
las melodías del Abril;

mientras con frases temblorosas
narra á la Luna, el surtidor,
la roja historia que á las rosas
cantó una noche el ruiseñor...

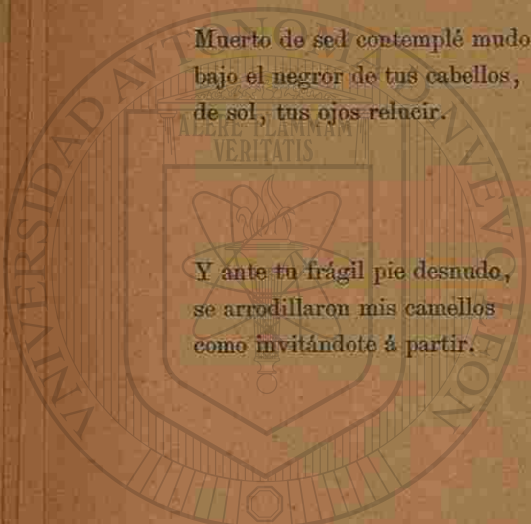
¡Oh, juvenil boca encendida,
por solo un beso diste en canje
la primavera de tu vida,

mientras en regio camarin
la media luna de un alfanje
segaba un cuello de marfil!

III

Al florecer la Primavera
sentí tu cántico sonoro
bajo el dosel de una palmera
llena de dátiles de oro.

Mientras el ánfora se henchía,
junto al brocal de la cisterna,
entre albos linos relucía
el bronce vivo de tu pierna.



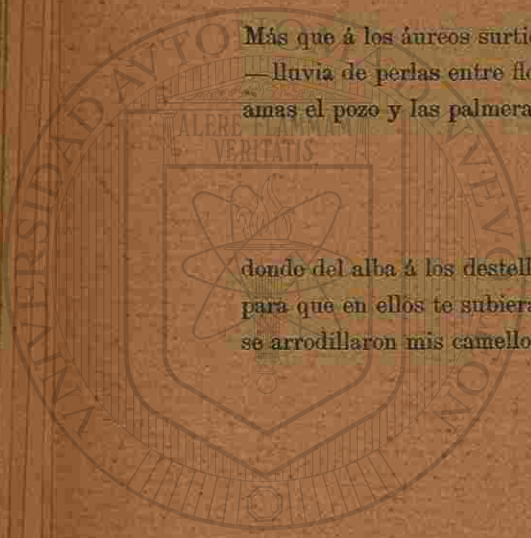
Muerto de sed contemplé mudo,
bajo el negror de tus cabellos,
de sol, tus ojos relucir.

Y ante tu frágil pie desnudo,
se arrodillaron mis camellos
como invitándote á partir.

IV

Tu desnudez de nardo vela
sobre su lecho de odalisca,
y á mi se entrega con la arisca
docilidad de una gacela.

Entre bordados almohadones
sueñas con cielos de luz clara,
y con connubios de leones
en los cubiles del Sahara.



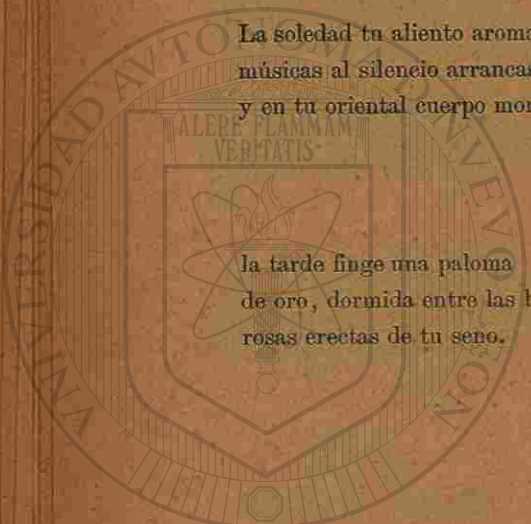
Más que á los áureos surtidores
— lluvia de perlas entre flores —,
amas el pozo y las palmeras,

donde del alba á los destellos
para que en ellos te subieras
se arrodillaron mis camellos.

V

Bajo las púrpuras solares
tu desnudez de amor palpita,
como la núbil Sulamita
en *El Cantar de los Cantares*.

Sobre tu dorso palpitante,
en un temblor de Primavera,
flota deshecha la fragante
tiniebla de tu cabellera.

The seal of the University of León is circular, featuring a central shield with a cross and a book. The shield is surrounded by the text "UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN" and the motto "ALERE FLAMMAM VERITATIS".

La soledad tu aliento aroma,
místicas al silencio arrancas;
y en tu oriental cuerpo moreno

la tarde finge una paloma
de oro, dormida entre las blancas
rosas erectas de tu seno.

VI

Amores trágicos evoca
el negro sol de tu mirada,
y en la granada de tu boca
beso los labios de Granada.

Mortales tósigos destilas:
labio que besas queda inerte,
y hasta se cierran las pupilas
como á los besos de la Muerte.

El que te vió, llora saudades
de tu amor trágico y sincero,
aun en los brazos de otra amada,

porque entre todas las ciudades
siempre recuerda el pasajero
los paraísos de Granada.

VII

Mordí la carne de tus pomos.
Taraceaban el jardín
con vivas manchas las palomas
que vuelan sobre el Albaicín.

Tus labios eran brasas vivas,
mientras dejaban en tu tez
las melancólicas olivas
las sombras de su palidez.

Bajo la gracia vespertina,
en los cristales de tu lloro
con raudó vuelo miré huir

las alas de una golondrina,
como fugaz saeta de oro
rallando el cielo de zafir.

VIII

Sobre el jardín la noche es una
fragante y tibia invitación.
¡Ven á soñar! Plata de luna
tiembla en el mármol del balcón.

La brisa es como el tibio aliento
de un rojo labio sensual.

El surtidor desgrana al viento
sus frescas sargas de cristal.

Amor, reclina con pereza
sobre mi hombro tu cabeza.
Tiembla el luar sobre tu tez,

y en sus blancuras pasajeras
son más profundas tus ojeras
y más mortal tu palidez.

IX

Por la entreabierta celosía
tu desnudez á perfumar,
de los jardines ascendía
un fresco aroma de azahar.

La luz difusa y tibia era
cual hecha adrede para ver
cómo el amor por vez primera
desnuda un cuerpo de mujer.

Signó el momento de la cita
un túbio arrullo de palomas...
Ya no recuerdas, Sulamita,

cómo tu nardo dió su olor
entre los libélicos aromas
del camarín de Salomón?

X

En tus pupilas tiemblan astros,
plata de luna en tu cabello...
Fulge la noche hecha alabastros
en la blancura de tu cuello.

Entre la seda en que se esfuma
tu seno, esmalta suavidades
de seda: nardo que perfuma
de juventud mis soledades.

Tu tibio aliento el aire empaña
con un olor de primaveras.
Todo á tus gestos es sonoro,

porque á tus gestos acompaña
el tintinar de tus pulseras
como una música de oro.

XI

Te dan los nardos del Oriente
su perfumada calentura;
la viva plata de una fuente
perla el silencio de frescura.

En el moreno albor del cuello
trémulos sangran los rubies,
y entre el negror de tu cabello
son áureos astros los zequies.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS.

De amor tu carne palidece
sobre la piel de una pantera,
y entre mis brazos se estremece

en los espasmos del veneno,
cual si una víbora mordiera
el ámbar vivo de tu seno.

XII

Como el murmullo de una fuente
bajo la paz de la floresta,
tu voz invita al indolente
sopor vicioso de la siesta.

Hundir las manos en la seda
de tus cabellos, y soñar,
mientras se siente en la arboleda
la fresca brisa abejar.

¡Oh, tu voz, lánguida cadencia
que me acaricia y me estremece
y deja pálida mi faz!

Tu voz que tiembla de incoherencia,
y entre mis besos desfallece
en un arrullo de torcaz!

XIII

Teje en los altos ajimeces
la Luna el alba de su encaje,
mientras marmórea palideces
bajo las nieves de tu traje.

Lises de plata el Cielo arroja
sobre la paz de los jardines,
y entre tus dedos se deshoja
un frágil sueño de jazmines.

Pasó el momento del abrazo...
El aire infiltra su beleño...
Es la hora santa de soñar,

de reclinarse en un regazo,
cerrar los párpados al sueño
y no pensar en despertar.

XIV

Tus bucles tiemblan en el viento;
florece lirios en tu faz,
cierras los ojos, y tu acento
tiene temblores de torcaz.

De tus desmayos siento el peso
bajo mi mano adormecida,
mientras te robo con un beso
toda la sangre de la Vida.

Y en la armonía del instante,
cuando tu cuerpo adquiere una
extenuación de agonizante,

toma tu exangüe faz inerte,
bajo lo blanco de la Luna
las palideces de la Muerte.

KASIDAS

A JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y en la armonía del instante,
cuando tu cuerpo adquiere una
extenuación de agonizante,

toma tu exangüe faz inerte,
bajo lo blanco de la Luna
las palideces de la Muerte.

KASIDAS

A JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Yo soy como un sueño que viene de Oriente,
sobre un dromedario cargado de aromas y perlas de Ormuz.
El sol de la Arabia tostó mi amplia frente
y camino ciego de gloria y de luz.

¡Oh, virgen morena! ¡Bajo el frágil lino
de nómada tienda, te vi entre mis brazos morir de pasión!...
El cascabeleo de una caravana cruzaba el camino,
temblaban los astros, y lejos se oía rugir al león.

Mi canto recuerda la canción doliente
que los beduinos sobre sus camellos entonando van,
entre las arenas buscando una fuente:
todo es sensualismo, sangre, amor y celos, y fatalidad.

Mi sombra, á la Luna, vieron los chacales,
la lanza en la mano y al viento flotante su blanco alquicel,
volar al combate por los arenales,
teñido al galope y sueltas las crines el negro corcel.

Mientras á la Luna se abre el nardo y canta frescuras la fuente,
Sultana, yo vengo, sordo de armonías y ciego de luz,
á rimar contigo mis sueños de Oriente
en los sartidores y en los arrayanes de un patio andaluz.

Yo traigo en las jibas de mis dromedarios
fábulas de joyas: todos los tesoros del Cielo y del mar.
Mis versos de oro son como incensarios
que queman su mirra, su incienso y su ámbar al pie de tu altar.

Yo soy de esa tribu de nobles guerreros
cuyos yataganes en la lid reñida siembran el pavor;
mas si en unos ojos se ven prisioneros,
pálidos y tristes, se mueren de amor.



II

¿La fortuna? ¿Que otros alcen en las arenas
alcázares que el viento ó el tiempo arrasará!
Yo he derrochado pródigo el oro á manos llenas.
Mi afecto lo da todo, sin saber lo que da.

Palmera que se yergue en áridos senderos
esparciendo la sombra de su fertilidad;
su fruto sacia el hambre voraz de los viajeros,
y es su tronco un refugio contra la tempestad.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estremece sus frondas el rumor de los nidos,
á su sombra se vieron camellos sestear;
y si el rayo lo hiere, sus trágicos quejidos
riman las formidables estrofas de un cantar.

La vieron una tarde, crujiente y desgredada,
las lentas caravanas que hacia Damasco van,
luchar entre una nube de arena calcinada,
hasta ahogar en sus brazos la voz del huracán.

A veces en las brisas aspira los efluvios
de otra palmera erguida en otra soledad,
¡y el amor abejea en sus cabellos rubios
y se estremece toda de voluptuosidad!

III

Salió de sus cavernas el León. Iba hambriento.
Con las fauces abiertas y la crin encrespada,
se detuvo un instante, aspirando en el viento
el perfume de alguna gacela extraviada.

Sintió correr el agua; y la vió que en la fuente,
la llama de su lengua movable humedecía...
Se agazapó entre juncos. En el sereno ambiente
sólo el zumbiar isócrono de un tábano latía.

Astuta y sigilosa se distendió la fiera;
saltó sobre el antilope, y una voz lastimera
como un grito de muerte, turbó la paz del viento...

Virgen que vas cantando, con tu ánfora, á la fuente,
vuelve á tu aduar, y calla tu canción balbuciente...
Acechando en mi carne hay un león hambriento.

IV

Dijeron los pastores
que apacientan sus cabras en el alcor: «Tu amada
pasó al alba... La tierra se ha cubierto de flores
bajo su milagrosa sandalia perfumada.»

Y un cazador me dijo, con la voz dolorida
de emoción: «Esta noche la vi cruzar cual una
blanca gacela herida,
y á su paso los bosques se poblaban de Luna.»

Cantaron las doncellas
que lavan en el río:

«De sus negros cabellos las gotas de rocío
el cáliz de los lirios han colmado de estrellas.»

Y exclamaron los guardias de palacio: «La vimos
atravesar la noche: su traje fulguraba
de joyas, y á su paso nuestras armas rendimos
cual si fuese la esposa del Rey la que pasaba.»

¡Oh, tu mano, tan quedo llamó anoche á mi puerta,
que no le oí! Entre sueños creí escuchar tu acento,
que triste y quedamente suspiraba: «Despierta...»
¡Y creí que sería una ilusión del viento!

En dónde estás? Persigo en los montes tus huellas.
Te llamo con el nombre más dulce en mis canciones.
Y al oírme, de pena, el Cielo llora estrellas,
y á mis plantas se postran llorando los leones.

Amor ¿por qué te has ido?

Las tórtolas se arrullan. Llegó la Primavera.

El tálamo está intacto... ¿Para qué hacer el nido
si no ha de llegar nunca la que mi amor espera?



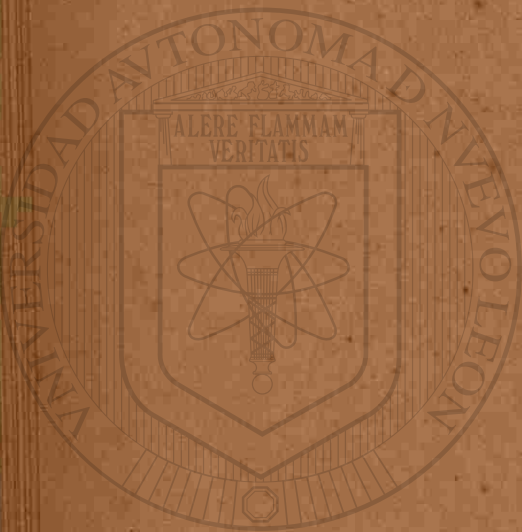
LA TRISTEZA DEL SOL

Á FIALHO D'ALMEIDA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

En estas horas de melancolía
de gris y nebuloso desconsuelo,
sueñan mis ojos turbios con el Cielo,
la luz y el campo de mi Andalucía.

Aspiro un tibio aroma de romeros
y de jazmines. El azul chispea
de Sol, y duerme la morisca aldea
entre naranjos y entre limoneros.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señor, un poco de reposo, en esta
vida gris de miserias y dolores...

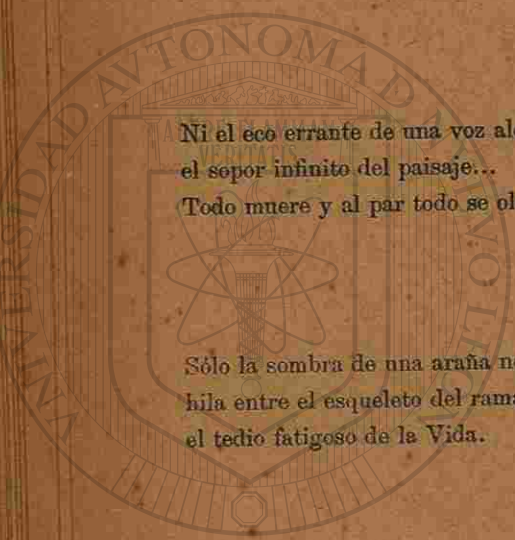
Olvido para todos los afanes,

y adormecerse en la calina siesta
mientras sueñan los frescos surtidores
en algún viejo patio de arrayanes.

II

Del rojo Sol de estío los ardores
agostan mis jardines orientales.
Están mudos de sed los surtidores
y de sed se deshojan los rosales.

Y hasta aquel ruiseñor cuyas cantigas
perfumaron de ensueño mis veladas,
muerto le encontré ayer, lleno de hormigas,
entre las negras hierbas calcinadas.



Ni el eco errante de una voz alegre
el sopor infinito del paisaje...
Todo muere y al par todo se olvida...

Sólo la sombra de una araña negra
hila entre el esqueleto del ramaje
el tedio fatigoso de la Vida.

III

Un triangular ensueño de cipreses
rasga el cobalto fulgido del Cielo,
proyectando en el ocre de las mieses
las sombras de su oscuro desconsuelo.

Es ceniza la jiba de la sierra;
nos asfixia la fiebre del bochorno...
Quema el aire, y parece que la tierra
es el candente respirar de un horno.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El llano es todo fuego, sin más sombra
que la de nuestro cuerpo... Alguien nos nombra
con voz ronca de sed... Y paladea

el labio las nostalgias de la jarra
que colgada a la sombra de la parra
el frescor de sus lágrimas gotea.

IV

En las arenas rojas bajo el fuego
del Sol, que en el espacio reverbera,
se yergue un esqueleto de palmera
sobre el pardo brocal de un pozo ciego.

¡Todo en la paz canicular ha muerto!
Y hasta el inmóvil mar, de Sol bruñido,
es un lago de sal, adormecido
en la tórrida margen del desierto.

Es un humo de incendio el calvo monte;
y si algún ave cruza el horizonte
desciendo á las arenas asfixiada.

Ni una gota de agua se conserva
en los pozos, ni el rastro de una hierba
verdece entre la arena calcinada.

V

Es un sueño de púrpura y de oro
el Sol, en el espacio diluido,
que esmalta el bronce de la piel de un toro
en el reseco restrojal tendido.

Se levanta... La tarde centellea
en su enorme mirar lleno de orgullo,
mientras que, lento, con la cola hócea
al tábano que zumba en torno suyo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ve una novilla... Su mirar destella...
Y un mugido magnífico estremece
la tórrea paz de las campiñas solas.

Y al saltar, resoplando, sobre ella,
en el reseco restrojal florece
un sangriento vivero de amapolas.

VI

Cruzan el aire ráfagas de llamas,
y la sed polvorosa de los sauces
curva la sombra de sus mustias ramas
sobre la arena de los secos cauces.

Ni un pájaro los ecos importuna...
Sólo en los peñascales de un barranco
corre un hilo de agua, como una
viva cinta de acero al rojo blanco.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Del silencio los tímpanos desgarran
el continuo rasgar de la cigarra.
Junto á monda osamenta que blanquea

sobre la gris calcinación del suelo,
calvo buitre apoplético aletea,
tentando en vano levantar el vuelo.

VII

A través del verdor de la persiana
penetra la modorra del estío.
Se muere de pereza una lejana
copla entre el vago susurrar del río.

Son de plomo los miembros fatigados.
Cabecea de sueño la floresta,
y en torno de los párpados cerrados
zumba el terco abejerro de la siesta.

No se mueve ni un nervio ni una idea.
Turba el sopor de las vetustas salas
el crujir de empolvados terciopelos...

Y en el patio una clueca cacarea,
cubriendo con la seda de sus alas
el gárrulo piar de sus polluelos.

VIII

Asoma entre las tapias, empolvada,
su ramaje raquítico una higuera.
La calle bajo el Sol congestionada
el lento rechinar de un carro espera.

Todo está en el silencio amodorrado
bajo la fiebre de la tierra muerta.
Sólo algún sucio rostro desgreñado
nos acecha, al pasar, tras una puerta.

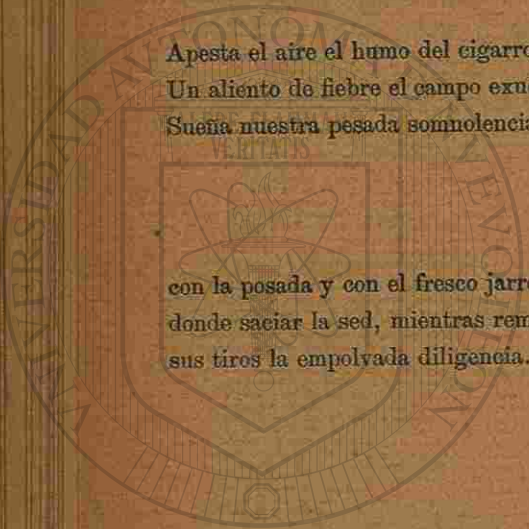
Entre el chillón reflejo de la falda,
una gitana su perfil ladino
proyecta en la empolvada carretera,

con sus cestos de mimbres á la espalda,
y un rapaz bronceado y encenerino
á horcajadas montado en la cadera.

IX

Desfallece un sollozo de cantares
á compás de las viejas campanillas.
Asfixia el polvo, y ciegan los solares
rayos sobre las tierras amarillas.

Desfilan esqueléticos los cerros
y la estéril llanura extenuada,
entre un mohoso rechinar de hierros
y un crujir de madera apollada.



Apesta el aire el humo del cigarro.
Un aliento de fiebre el campo exuda...
Sueña nuestra pesada somnolencia

con la posada y con el fresco jarro
donde saciar la sed, mientras remuda
sus tiros la empolvada diligencia.

X

El Cielo es una ráfaga humeante.
La mano sobre el párpado atempera
la fiebre de la luz que, alucinante,
en la cal de los muros reverbera.

Es de plomo fundido el horizonte.
Seca la fauce y ciega la mirada...
Y parece el perfil del calvo monte
monstruosa osamenta calcinada.

Entre la polvareda que al Sol brilla,
como á través de una pesadilla
de sed, cruza un mastin la carretera,

tendido el rabo y erizado el vello,
gacha la oreja y con la lengua fuera
y una sogu de esparto atada al cuello.

XI

Bajo el Sol, cojeando mortecina,
vendado un ojo y lánguida la oreja,
en torno de la noria que rechina
gira con lentitud la yegua vieja.

Crujen las desclavadas herraduras,
resoplan humo sus narices foscas,
y sobre las sangrientas mataduras
zumba un enjambre de voraces moscas.

A veces, olfatea en la serena
atmósfera un lejano olor á avena
recién segada... Párase un momento.

Tiembla su vientre escaálido en la cincha,
mueve la cola flácida, relincha,
y vuelve á proseguir con paso lento.

PAISAJES

Á FRANCISCO A. DE ICAZA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A veces, olfatea en la serena
atmósfera un lejano olor á avena
recién segada... Párase un momento.

Tiembla su vientre escaálido en la cincha,
mueve la cola flácida, relincha,
y vuelve á proseguir con paso lento.

PAISAJES

Á FRANCISCO A. DE ICAZA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

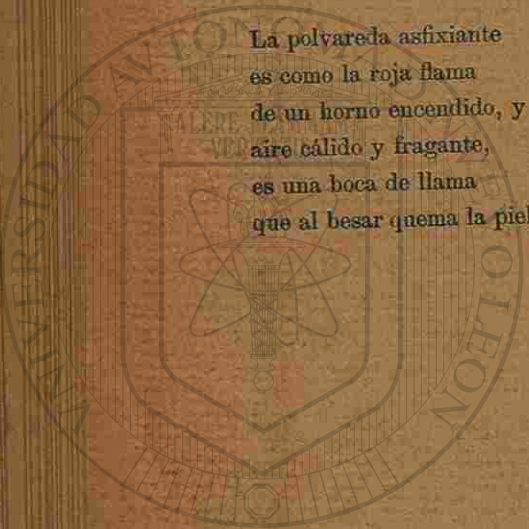


I

Campos de trigo, olivares,
parras, y bajo las parras,
jarras frescas y guitarras
y somnolientos cantares.

La tierra es una gitana
—pelo negro y elavel grana—
desnuda al Sol, que envenena
la sensualidad del viento
con su lascivo y violento
olor á carne morena.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

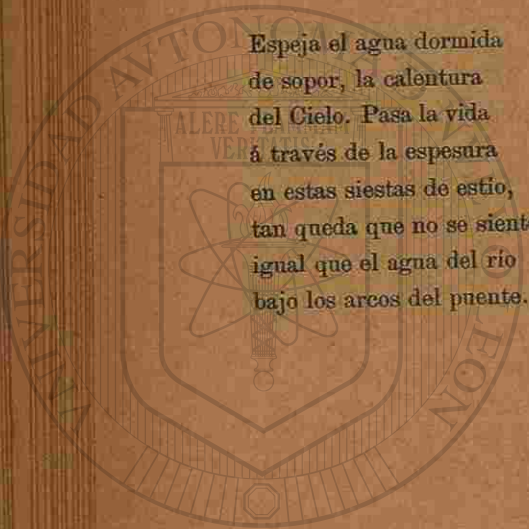


La polvareda asfixiante
es como la roja flama
de un horno encendido, y él
aire cálido y fragante,
es una boca de llama
que al besar quema la piel.

II

¡Luminosa paz de estío
sobre los secos trigales!
Entre sauces y mimbrales
tiritita de fiebre el río.

Flota una alucinación
de luz... Aletarga el viento,
como la respiración
de un labio calenturiento.

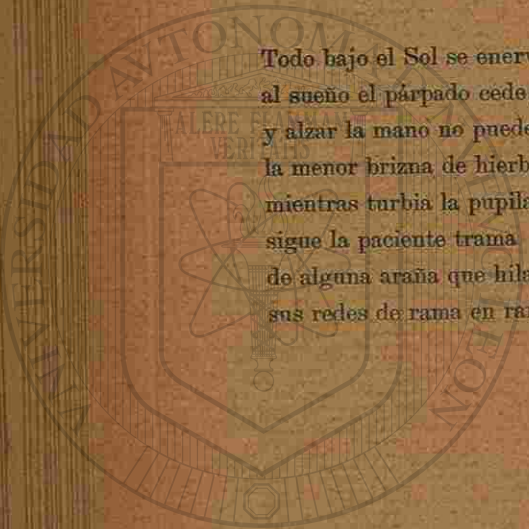


Espeja el agua dormida
de sopor, la calentura
del Cielo. Pasa la vida
á través de la espesura
en estas siestas de estío,
tan queda que no se siente,
igual que el agua del río
bajo los arcos del puente.

III

En los álamos dormidos
bajo el sopor de la siesta,
el calor tiene zumbidos
de colmena. La floresta
se deshoja calcinada.

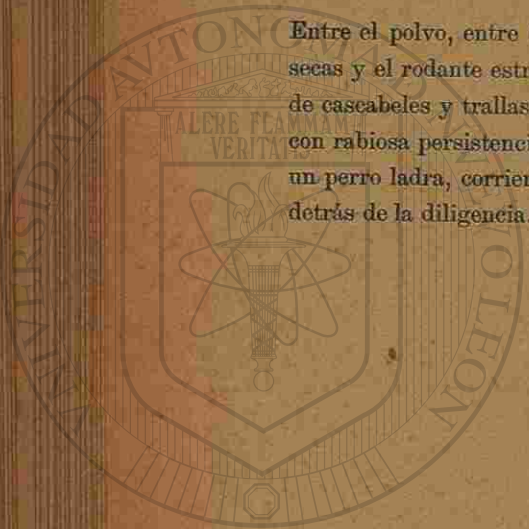
Nuestra propia voz parece
que también aletargada
de pereza desfallece.



Todo bajo el Sol se enerva:
al sueño el párpado cede,
y alzar la mano no puede
la menor brizna de hierba,
mientras turbia la pupila
sigue la paciente trama
de alguna araña que hila
sus redes de rama en rama.

IV

La carretera se esfuma
en la plana polvorienta
de Sol... La lejana venta...
El aire es como una bruma
de asfixia. Sólo chumberas
brotan del rispido suelo
y esqueléticas higueras,
cuyos ramajes parecen
que agua mendigan al Cielo
porque de sed desfallecen.



Entre el polvo, entre las vallas
secas y el rodante estruendo
de cascabeles y trallas,
con rabiosa persistencia,
un perro ladra, corriendo
detrás de la diligencia.

LOS JARDINES TRÁGICOS

Á LUIS RODRÍGUEZ EMBIL

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

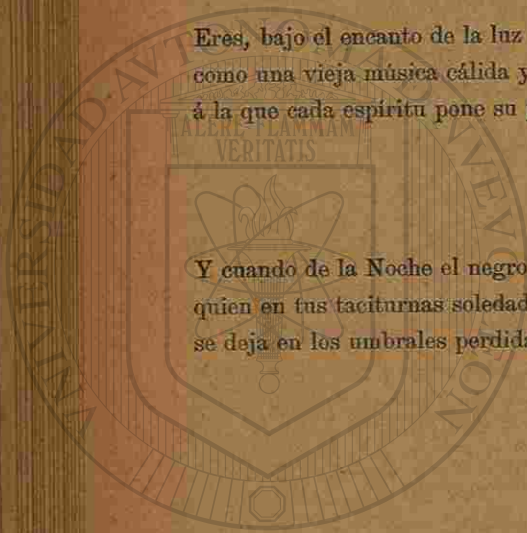


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Viejo jardín, el aire entristece un misterio
inexorable como la pena de la vida.
Pareces, al crepúsculo, un viejo cementerio
donde aún resuena un último adiós de despedida.

La luz de tu belleza fatal nos avasalla...
En ti todo es olvido... Y el corazón se siente
hoja seca en el árbol, rosal en la muralla,
y hasta gota de agua en tu morisca fuente.



Eres, bajo el encanto de la luz oro y rosa,
como una vieja música cálida y olorosa
á la que cada espíritu pone su propia letra.

Y cuando de la Noche el negro enigma avanza
quien en tus taciturnas soledades penetra,
se deja en los umbrales perdida la Esperanza.

II

Perdura en tu belleza trágica el infinito
dolor de alguna antigua stirpe desterrada,
y hasta la voz del agua espira como el grito
de una robusta y joven garganta estrangulada.

En la fragante cárcel bermeja de ladrillo,
donde tu viejo espíritu suspira aprisionado,
la herida del crepúsculo tiene el caduco brillo
de un antiguo y sangriento damasco deslustrado.

Al cerrarse tu puerta tras nosotros, parece
que se cierra el sepulcro... Todo se desvanece.
Se plega nuestra alma como una sensitiva

y se queda en el pecho el corazón inerte,
mientras recorre el miedo de nuestra carne aún viva
el brusco escalofrío y el terror de la Muerte.

III

Todo tiene una vaga extenuación. La tarde
de trágica pavora tu silencio ilumina,
y de la vieja alberca en los cristales arde
el temblor de la última hoguera vespertina.

Se desangra el crepúsculo estival gota á gota,
y en la sombra fragante del naranjal se siente
sólo el llanto del agua que, tímida, borbota
en la flor centenaria del mármol de la fuente.

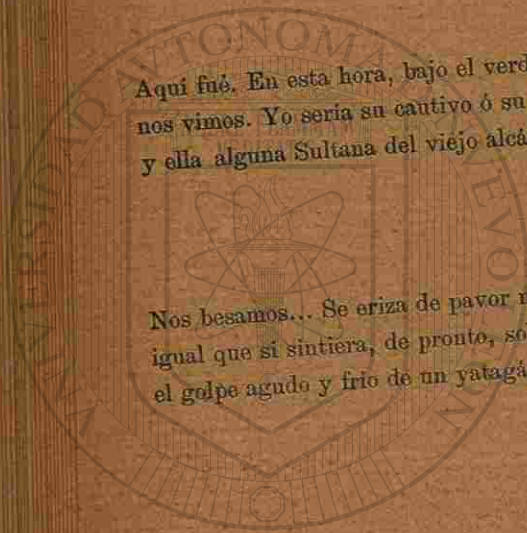
El corazón nos punza una aguda tristeza,
y entre las manos, pálida se inclina la cabeza
que el lejano recuerdo de un imposible agobia...

Todas nuestras potencias se tienden al olvido
de todo, entre los brazos amantes de una novia
que no puede ser nuestra, porque nunca ha existido.

IV

Lenta como la tarde, siento que en esta hora
mi vida se desangra sobre el jardín sombrío.
Hay un dolor remoto que en mis pupilas llora
y algo que hace á mi carne palidecer de frío.

Yo no sé qué recuerdo á mi memoria viene.
Para besar á un sueño mi labio se despierta,
mientras la planta nómada de pronto se detiene
y el alma vuela errante igual que una hoja muerta.



Aquí fué. En esta hora, bajo el verde ramaje
nos vimos. Yo sería su cautivo ó su paje
y ella alguna Sultana del viejo alcázar moro.

Nos besamos... Se eriza de pavor mi cabello
igual que si sintiera, de pronto, sobre el cuello,
el golpe agudo y frío de un yatagán de oro.

V

En el jardín dormido flota algo indefinible
y su silencio rasga un grito de agonía,
como el adiós eterno de un amor imposible...
Y hay un alma que llora de amor junto á la mía.

¿En dónde estás, gemela? Acaso ahora te encierra
el Destino en alguna de esas formas aladas
que cruzan, fugitivas, sin dejar en la tierra
más que la triste sombra de sus negras miradas.

Aún recorre mi carne mortal escalofrío...
Corazón, di, ¿qué esperas? Aún parece que escucho
un corazón que late también dentro del mío...

Entre los laberintos del pasado me pierdo,
con esa sonolencia de los que amaron mucho
y ahora tan sólo pueden amar en el recuerdo.

VI

Sobre el frágil ensueño de los blancos rosales
va deshojando el día su última violeta,
mientras doblan lejanas las campanas claustrales
por alguna novicia amada de un poeta.

Un perfume de agua corriente se respira;
la brisa es luz de seda y aroma de jazmines.
La tarde es una virgen que al ser violada, expira,
ensangrentando el verde tapiz de los jardines.

Este morir tan lento de la luz me acongoja...
Perdemos la conciencia... Nuestra alma desea
ser pétalo en el cáliz que al viento se deshoja,

gota de agua en la fuente que suspira encantada,
y la última ráfaga de luz que parpadea
sobre las altas torres lejanas de Granada.

VII

Yo no sé qué tristeza romántica se siente
viendo morir la tarde en los viejos jardines.
La luz es una lluvia de rosas, y el ambiente
es un deshojamiento de frágiles jazmines.

Las copas de los árboles se hinchan como senos
al soplo de las brisas húmedas y olorosas,
y nuestras impacientes manos echan de menos
otras manos amadas que oprimir temblorosas.

A una novia que fuese muy pálida y muy buena,
yo en esta hora lírica le contara mi pena,
sin palabras, mirándola al fondo de los ojos,

y abrazado á su cuello mis cuitas lloraría...
Y ella, muda de angustia, mi llanto enjugaría
con sus trémulos labios cálidamente rojos.

VIII

Tienen estos cipreses un aire taciturno...
Mudos espectadores de tantos viejos dramas,
¿qué recuerdo estremece bajo el azul nocturno
el obscuro y perenne verdor de vuestras ramas?

En un ansia de fuga, cuando el viento os agita,
toda vuestra osamenta secular se estremece
como si huir quisierais de esta tierra maldita
que la sangre de tantas tragedias enrojece.

Sangran en vuestros troncos antiguas cicatrices...
¿Qué crimen á la tierra liga vuestras raíces?...
Por entre estos cipreses, mortal, pasa ligero,

y el maléfico influjo de sus sombras evita,
pues donde se proyecta su ramaje agorero
hasta la hierba humilde de pavor se marchita.

IX

En el jardín que sólo viejo ciprés sombra,
silenciosa y vacía, brilla al Sol una fuente.
Su mármol donde el musgo inmemorial verdea
correr la voz del agua ha siglos que no siente.

Tal vió, que sus pupilas cegáronse de espanto,
y quedó desde entonces inmóvil y callada...
¿Fue en ella, acaso, donde Boabdil secó su llanto
al salir desterrado por siempre de Granada?

La frescura del agua, que va á invadir parece
en la calma nocturna sus mudos alabastros,
y de gozo su pétreo corazón se estremece,

como una pobre ciega que abre con alegría
sus pupilas de sombra,   ver si ve á los astros,
pues despert    la Luna soñando que veía.

X

Yo no s  que misterio estremece tus frondas,
que en el pradial encanto de tus bosques floridos
mis angustias se acerban y se hacen más hondas
y de dolor se mueren mi alma y mis sentidos.

El cáncer incurable del Tiempo desmorona
tus muros, que ensangrientan de ladrillos el suelo,
y   tus ramas crispadas retuerece y convulsiona
un dolor que no admite ni treguas ni consuelo.

Mirándote, en mi espíritu algo se desentierra.
Lo que en mí es tierra quiere regresar á la tierra...
Tu música me inquieta y tu luz me acongoja,

y hasta tus rosas tienen ese aire de amargura
que entristece á esas flores humildes que deshoja
una mano piadosa sobre una sepultura.

XI

Viejo jardín sombrío, tu belleza es tan triste,
gravita en ti tan dura sentencia inexorable,
que parece decirnos: —No esperes, que no existe
para tu mal remedio: tu herida es incurable.

Todo es inútil. Sufre la ley de tu destino.
El consuelo es un mito y tu esperanza vana...
¿Por qué, ciego, te paras en mitad del camino,
si mucho más que hoy sufres, has de sufrir mañana?

Sé inconsciente cual una hoja que arrastra el viento.

Tu mayor enemigo está en tu pensamiento.

Ahoga tus sentimientos entre tus propias manos,

no vayan en sus garras ellos á estrangularte,
y piensa que en ti llevas hoy vivos los gusanos
que mañana en la tumba habrán de devorarte—.

ROMANCES MORISCOS

Á AUGUSTO VIVERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sé inconsciente cual una hoja que arrastra el viento.

Tu mayor enemigo está en tu pensamiento.

Ahoga tus sentimientos entre tus propias manos,

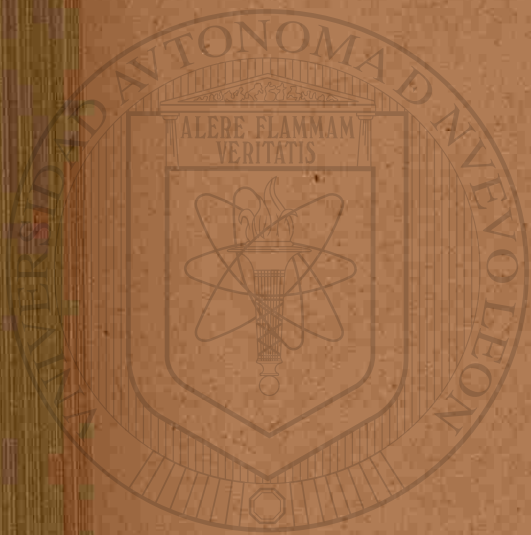
no vayan en sus garras ellos á estrangularte,
y piensa que en ti llevas hoy vivos los gusanos
que mañana en la tumba habrán de devorarte—.

ROMANCES MORISCOS

Á AUGUSTO VIVERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Por las cadenas sujeto
al viejo muro, soñaba
el cautivo con los cielos
espléndidos de su Patria,
cuando vió una golondrina
gorjeando en la ventana.

Y así dijo, suspirando,
lentos los ojos de lágrimas:

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«—Golondrina, que regresas
de las costas africanas,
¿ganidaste en la palmera
que presta sombra á mi casa?»

Al alegrar con tus trinos
las familiares estancias,
¿sollozando por mi ausencia
encontraste á mis hermanas?»

¿Puede el brazo de mi padre
sostener aún la lanza?
¿Cuál de mis hermanos monta
en mi corcel de batalla?»

¡Golondrina, golondrina,
acaso viste á mi amada
junto al brocal, silenciosa
llenar, bajo el Sol, el ánfora,
mientras al fondo del pozo
por mí su llanto rodaba?—»

Y tanto lloró el cautivo
las nostalgias de su Patria,
que en el duro pavimento
un hoyo hicieron sus lágrimas.



II

—Por tu amor, cristiano, diera
las riquezas de la Alhambra,
las perlas de mis collares,
las más hermosas esclavas,
y la sangre de mis venas,
y la luz de mis miradas...

Vestirás soberbios trajes,
ceñirás doradas armas;
cien pajes para servirte,
cien negros para tu guardia,
y el palacio más espléndido
de la Vega de Granada.

¡Te amo con tanta locura,
que cuando en tu encierro cantas,
hasta la sangre en mis venas
para escucharte se para! —

Abrazada á las rodillas
del cautivo, así clamaba
Sobeya, la favorita
del rey moro de Granada,
destrenzados los cabellos
y la faz bañada en lágrimas:

«—Le di palabra de amores
á una infanta castellana,
y los nobles de mi tierra
nunca olvidan sus palabras.—»

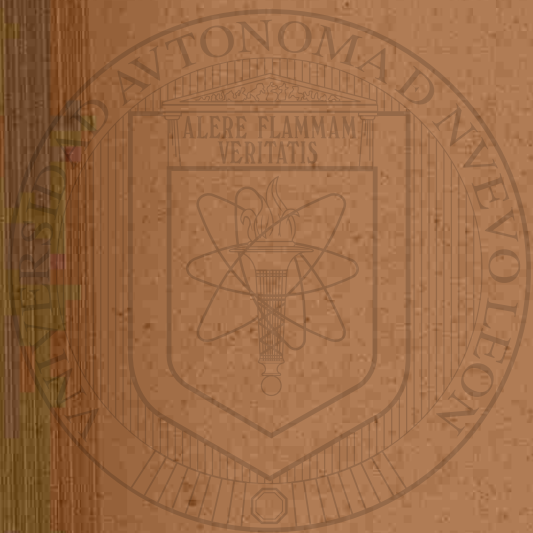
Y arrastrando las cadenas
que al maro le sujetaban,
á la hermosa favorita
volvió el cautivo la espalda.

«—¡Al amor que has ofendido
los celos darán venganza!
Te haré arrancar esos ojos
que vieron correr mis lágrimas,
y te sacaré la lengua
que me hirió con sus palabras...»

Y tu cadáver, colgado
bajo la almena más alta,
será alimento de cuervos
y presa viva del águila.—»

Rugió Sobeya, cerrando
la puerta con tanta rabia,
que crujió la cerradura
cual si fueran á forzarla...

Mandó llamar al verdugo,
y en azafate de plata
la cabeza del cautivo
mandó á la corte de España.



III

Tras una falsa salida,
de Orán junto á las murallas,
el viejo moro Almanzor
desangrándose espiraba,
con el pecho atravesado
por el hierro de una lanza.

Y así le dijo á su hijo
que arrodillado á sus plantas
con el lino de su manto
la sangre le restañaba:

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«—No me arranques, hijo mío,
este hierro que me mata,
que quiero hacerte un encargo
antes que vuele mi alma.

En una bolsa de cuero
que pende de mi garganta,
guardo la llave de oro
de mi casa de Granada.

Está al pie de los bermejós
torreones de la Alhambra,
y su blancura se espeja
del Darro en las frescas aguas.

Ella es toda mi fortuna;
como una reliquia guárdala,
hasta que torne de nuevo
la media luna de plata
á brillar más refulgente
en el cielo azul de España.—»

Y era tan rudo el esfuerzo
para hablar, que se agitaba
sobre el pecho ensangrentado
su luenga y canosa barba.

Expiró tranquilo el viejo,
y al vidriarse su mirada,
sobre el oro de la llave
resbaló su última lágrima.



ELEGÍAS DE GRANADA

PARA JOSÉ ENRIQUE RODÓ

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



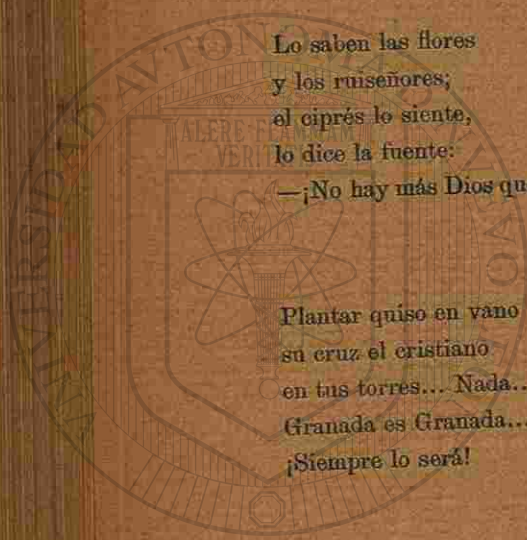
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Humana grandeza:
orgullo, belleza,
poder, sentimiento,
todo, todo es viento,
humo que se va...

En los viejos muros
con trazos seguros,
un día lejano
lo esculpió una mano
que ni polvo es ya...



Lo saben las flores
y los ruiseñores;
el ciprés lo siente,
lo dice la fuente:
—¡No hay más Dios que Alá!

Plantar quiso en vano
su cruz el cristiano
en tus torres... Nada...
Granada es Granada...
¡Siempre lo será!

Lo saben las flores
y los ruiseñores;
el ciprés lo siente
lo dice la fuente:
—¡No hay más Dios que Alá!

II

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste gemido?

Todo reposa en vago encantamiento
en la plata fluida de la Luna.

Entre el olor à nardos que se aspira en el viento
la frescura del agua es como una
mano que refrescase la sien calenturienta.

El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
su sueño, y al oído del silencio le cuenta
las leyendas que viven á pesar del Olvido.

Y bajo las estrellas de la noche tranquila
tiene palpitaciones de corazón herido.

¡La voz del agua es santa!
Quien la profunda música de su acento adivina
comprenderá algún día la palabra divina.
El agua es guzla donde Dios sus misterios canta.

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste gemido?

Una, gorgoteante, suspira entre las flores
de un carmen, esperando una mano de Ensueño
que abra á la blanca Luna sus claros surtidores
para dar á la noche sus diamantes de sueño,
y mientras, sobre el mármol, una á una, desgrana
las perlas de sus ricos collares de Sultana.

Algunas se despeñan con ecos de torrente,
y entre las alamedas descienden rumorosas,
arrastrando en el vivo fulgor de su corriente,
en féretros de espuma, cadáveres de rosas.

Otra, por las paredes resbala lentamente,
y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,
como, si poco á poco, por una estrecha herida,
se fuese desangrando hasta quedar sin vida.

Las hay ciegas, y en ellas
llora toda la móvil plata de las estrellas.

Hay en el aire tanta humedad que da frío...
La noche un fresco aroma acnático deslie...
El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,
y dominando el gárrulo y eterno murmurio
se oyen plañir los roncos misereres del río.

La sangre de Granada corre por esas fuentes,
y en el hondo silencio de las noches serenas,
al escuchar sus músicas, sobre los viejos puentes,
la sentimos que corre también por nuestras venas.

Adherme nuestro espíritu su musical encanto;
bebemos el ensueño de sus respiraciones;
penetra hasta la carne en lentas filtraciones,
y huye por nuestros ojos en un continuo llanto.

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste gemido?

III

Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada...

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales, ya no te reflejas
como una Sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres hermejas.

Ya los tejedores no entonan cantares,
mientras tus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas.
Mudas se quedaron tus alfarerías...
Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de las alamedas.

El agua que en todo su frescor diluye
es llanto que eterno de tus ojos fluye,
llorando la antigua grandeza pasada...

De tu poderío
ya no resta nada...
Tu gloria, Granada,
pasó, como pasa bajo el puente el río.

Ya bajo tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;
ni al marcial estruendo de atambor sonoro
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,
vestidos de plata y armados de oro.

Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto ni la algarabía
de hombres que discuten en lenguas extrañas.
Ni sueñan princesas tras los alhamies;
ni en Bib-Rambla quiebran, justando, sus cañas
gallardos Gomeles y altivos Zegries.

Ya por Puerta Elvira
la plebe de activos obreros, no mira
pasar los botines guerreros. Altivos
caudillos de polvo, de sangre bañados,
que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados.

Ni ve los camellos de las caravanas
que vienen cargados
con oro y perfumes, de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que ensombra el camino
contempla un relámpago de armas que se aleja,
ni de las antorchas, á la luz bermeja
fabrica palacios dignos de Aladino.

Ya el Darro no copia sobre sus cristales
ojos negros entre nubes de almaizales,
ni á beber sus aguas inclinan los cuellos,
mojando las crines, ágiles corceles,
mientras de la Luna los áureos destellos
riman con la albura de los alquiceles.

Ya el Genil no riega
las huertas floridas
de las academias que pueblan la vega;
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada.

Su corriente gime, como avergonzada...
Una pena eterna suspira en su canto,
cual si en vez de aguas, arrastrase llanto...

¡La Alhambra está sola! Entre la floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta;
bajo los encajes de los ajimeces
la voz de la guzla no solloza amores,

mientras entre aromas y entre raiseñores
da la Luna al mármol áureas palídeces.

Ni en las alcátifas de sus patios mudos
tejen odaliscas, con sus pies desnudos,
todas las lascivas danzas del Oriente,
entre los perfumes de los pebeteros;
ni por sus mosaicos resonar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros.

¡Granada, Granada! Tu Alhambra está en ruínas.
Llorando hasta el Africa van las golondrinas
á dar á tus hijos el triste mensaje...

Y tus nobles hijos lloran de coraje,
ensillan los potros, empuñan la espada,
y aullando de rabia, se van hacia el mar.

Y al ver los perfiles de Sierra Nevada
se postran de hinojos y gimen: — ¡Granada!... —
Y las olas lloran al verlos llorar...

Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada...

¡Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una Sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas!

HACIA DAMASCO
A SIMÓN BARCELÓ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada...

¡Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una Sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas!

HACIA DAMASCO
A SIMÓN BARCELÓ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Van mis versos ardientes y voraces
sobre las negras sombras de mis penas,
cual árabes que cruzan las arenas
galopando en caballos montaraces.

Acaso alguno lleva, cual trofeo,
desmayada en la grupa ó sobre el anca,
alguna virgen desgrenada y blanca
desnuda de rubor y de desseo.

Otro, sobre el arzón porta un tesoro
de perfumes, de gemas y de oro;
y alguno va más pálido que un muerto

seguido de esqueléticos mastines,
sobre un potro salvaje cuyas crines
aventan las arenas del Desierto.

II

Buscando de Damasco las almenas,
van al galope, rápidos é inquietos,
señalando su paso en las arenas
con una informe fila de esqueletos.

Dejaron los famélicos leones
de algún corcel sobre la móvil anca
profundos y sangrientos desgarrones
que sangran luz bajo la Luna blanca.

Y algunos quedarán en las arenas
yertos y en cruz sobre la mustia alfombra,
muertos de sed junto á las secas fuentes,

mientras gruñendo las curvadas hienas
desgarran el cadáver de la sombra
con la voraz blancura de sus dientes.

III

Cual manada famólica de fieras
la fértil paz del aduar asolan,
y ebrios de sangre y de botín, violan
á las vírgenes bajo las palmeras.

Y nulantes de ardor cruzan el día,
flotando los nevados alquiceles,
entre un estruendo de armas y corceles,
cual radiante simoun de pedrería.

Y cansados de bárbaras contiendas,
para aspirar la esencia de las flores
que recogieron en floridos huertos,

bajo los astros plantarán sus tiendas
y alegrarán con su canción de amores
las hoscas soledades del Desierto.

IV

Atraviesan senderos y poblados,
las vestiduras rojas y deshechas,
entre un silbar mortífero de flechas
de envidiosos rencores emboscados.

Proyectando su sombra en las arenas
bajo el sueño de plata de la Luna,
galopando van todos hacia una
Damasco inmemorial de áureas almenas.

En el camino alguno cayó muerto,
con los brazos en cruz sobre el Desierto,
herido en el fragor de la refriega.

Y á su lado el corcel, rota la brida,
relincha al Cielo y la cerviz doblega
para lamer la sangre de la herida.

V

¿Qué importan los peligros del camino,
la sed, las zarpas y las emboscadas,
si flota como un sueño en las miradas
un espejismo mágico y divino?

¿Qué valen la aridez de los Desiertos
y el odio de las fieras alimañas?

¡La fe transforma en llanos las montañas,
distancias salva y resucita muertos!

Y cubiertos de sangre los corceles
entrarán en Damasco, en un sonoro
tropel glorioso de inmortal memoria,

bajo lluvia de rosas y laureles,
y entre la ronca aclamación de oro
de los largos clarines de la Gloria.

FIN

INDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y cubiertos de sangre los corceles
entrarán en Damasco, en un sonoro
tropel glorioso de inmortal memoria,

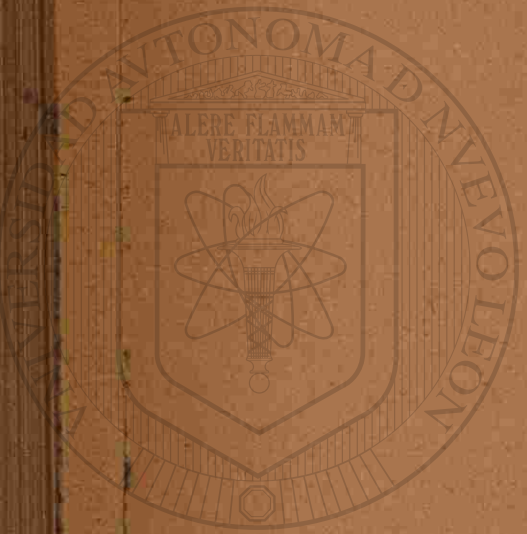
bajo lluvia de rosas y laureles,
y entre la ronca aclamación de oro
de los largos clarines de la Gloria.

FIN

INDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

	Páginas
DEDICATORIA.	9
El mirador de Lindaraxa:	
I.—En el alcezar de mi Ensueño.	13
II.—La tibia brisa es una orquesta.	15
III.—Al florecer la Primavera.	17
IV.—Tu desazón de nardo vela.	19
V.—Bajo las púrpuras solares.	21
VI.—Amores trágicos evoca.	23
VII.—Mordí la carne de tus pomos.	25
VIII.—Sobre el jardín la noche es una.	27
IX.—Por la entreabierta celosía.	29
X.—En tus pupilas tiemblan astros.	31
XI.—Te dan los nardos del Oriente.	33
XII.—Como el murmullo de una fuente.	35
XIII.—Teje en los altos ajimeces.	37
XIV.—Tus bucles tiemblan en el viento.	39
Kasidas :	
I.—Yo soy como un sueño que viene de Oriente.	43
II.—¿La fortuna? ¿Que otros alcen en las arenas.	47
III.—Salió de sus cavernas el león. Iba hambriento.	49
IV.—Dijeron los pastores.	51

La tristeza del Sol:

	Páginas.
I.—En estas horas de melancolía.	57
II.—Del rojo Sol de estío los ardores.	59
III.—Un triangular ensueño de cipreses.	61
IV.—En las arenas rojas bajo el fuego.	63
V.—Es un sueño de púrpura y de oro.	65
VI.—Cruzan el aire ráfagas de llamas.	67
VII.—A través del verdor de la persiana.	69
VIII.—Asoma entre las tapias, empolvada.	71
IX.—Desfallece un sollozo de cantares.	73
X.—El Cielo es una ráfaga humeante.	75
XI.—Bajo el Sol, cojeando mortecina.	77

Paisajes:

I.—Campos de trigo, olivares.	81
II.—¡Luminosa paz de estío!.	83
III.—En los álamos dormidos.	85
IV.—La carretera se esfuma.	87

Los jardines trágicos:

I.—Viejo jardín, el aire entristece un misterio.	91
II.—Perdura en tu belleza trágica el infinito.	93
III.—Todo tiene una vaga extenuación. La tarde.	95
IV.—Lenta como la tarde, siento que en esta hora.	97
V.—En el jardín dormido flota algo indefinible.	99
VI.—Sobre el frágil ensueño de los blancos rosales.	101
VII.—Yo no sé qué tristeza romántica se siente.	103

Páginas.

VIII.—Tienen estos cipreses un aire taciturno.	105
IX.—En el jardín que solo viejo ciprés sombrea.	107
X.—Yo no sé qué misterio estremece tus frondas.	109
XI.—Viejo jardín sombrío, tu belleza es tan triste.	111

Romances moriscos:

I.—Por las cadenas sujeto.	115
II.—Por tu amor, cristiano, diera.	119
III.—Tras una falsa salida.	123

Elegías de Granada:

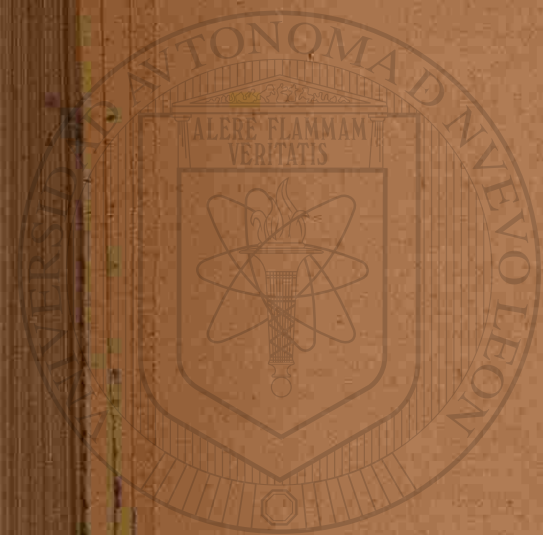
I.—Humana grandeza.	129
II.—Las fuentes de Granada.	131
III.—Granada, Granada.	135

Hacia Damasco:

I.—Van mis versos ardientes y voraces.	143
II.—Buscando de Damasco las almenas.	145
III.—Cual manada famélica de fieras.	147
IV.—Atraviesan senderos y poblados.	149
V.—¿Qué importan los peligros del camino.	151

ÍNDICE.





Se terminó de imprimir
este libro el 18 de no-
viembre, en la imprenta
de Primitivo Fernández,
Valverde, 33, Madrid.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





GUÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TUCUMÁN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

TEC